

14° Domingo Ordinario A/2014

Las lecturas de este domingo nos hablan de la realidad del reino de Dios. Nos recuerdan los valores que construyen este reino único y muy diferente de los terrenales. Nos invitan también a practicar los valores del reino a fin de que pertenezcamos a él.

La primera lectura describe la profecía de Zacarías que anuncia un tiempo de visita y de consuelo que encontrará Israel. Describe la alegría que llegará a Jerusalén cuando Dios visite a su pueblo. Muestra igualmente como ese momento será un tiempo de prorroga y paz porque no habrá más guerra en el país.

Lo que este texto nos enseña es que Dios consuela a su pueblo en el momento que está en angustia. Otra idea es que independientemente de lo intenso del sufrimiento y de la extensión del periodo de angustia del pueblo de Dios, llegara el tiempo en el que Dios acabará con todo eso. Ese tiempo será un momento de liberación y alegría porque Dios consolara a su pueblo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en cual Jesús invita a los que están fatigados y agobiados por la carga ya que recibirán el alivio. En primer lugar, el Evangelio comienza con Jesús que agradece a su Padre por haber revelado las cosas del reino de Dios a la gente sencilla y las ha escondido a los sabios y entendidos.

Pues, Jesús agradece al Padre porque así era su voluntad. Después de esto, Jesús afirma que todas las cosas han sido puestas en sus manos por el Padre. Por esta razón, nadie conoce al Hijo sino el Padre y viceversa. Del mismo modo, nadie conoce al Padre excepto el Hijo y aquel a quien el hijo se lo quiera revelar.

Finalmente, Jesús termina su declaración con la invitación a los que están fatigados y agobiados por la carga para que vengan a él y reciban el alivio. A fin de reforzar su confianza en él, entonces, les asegura que su yugo es suave y su carga, ligera.

El Evangelio de hoy nos enseña mucho sobre la vida cristiana. Hermanos y Hermanas, hoy quiero hablar particularmente de la compasión de Jesús. De hecho, cada uno de nosotros ha vivido, de una manera u otra, la experiencia del sufrimiento. El sufrimiento, en efecto, nos afecta en muchas formas, es decir, físicamente, mentalmente, psicológicamente o emocionalmente. De muchas maneras, hemos sido confrontados con problemas que tal vez fuimos incapaces de resolver.

La experiencia del sufrimiento o de los problemas no resueltos nos revela la fragilidad y la impotencia humana. De hecho, cuando la gente sufre, sobre todo en su cuerpo, siente que algo falta para el equilibrio de su cuerpo y mente. A veces la gente vive el sufrimiento como una prueba, porque a pesar de su voluntad por reponerse y a pesar de toda la ayuda que recibe de los medicos, las cosas no mejoran en absoluto.

Al final, el sufrimiento se hace como una carga de la que les gustaría deshacerse, pero sin éxito. Durante tales momentos, muchos son sacudidos en sus convicciones de vida y se preguntan por qué las cosas van así con ellos. Algunos otros pierden su fe en Dios y dejan de practicar o no vuelven a poner un pie en la Iglesia. Es en tales momentos que escuchamos palabras como estas: "No puedo hacerlo más"; "Estoy cansado de continuar con lo mismo cada día y no existe cambio", "Estoy agotado y no puedo más"

Esos momentos, por difíciles y desalentadores que puedan ser, pueden ser una ocasión para acercarse del Señor. Podría ser una oportunidad de permitir al Señor entrar en nuestra vida. Pero, para que suceda así, tenemos que rendirnos a Jesús. Tenemos que

ofrecerle nuestros problemas y sufrimientos de modo que pueda cuidar de nosotros. Por eso, Jesús nos pide acercarnos a él, nosotros que estamos fatigados y agobiados con privaciones y problemas, para que nos dé el alivio. Nos pide confiarle nuestros problemas y sufrimientos para que nos ayude.

Cuando confiamos nuestros problemas y sufrimientos a Jesús, no significa necesariamente que todos están resueltos de una vez para siempre y que nuestra enfermedad se termina o que nuestra dificultad no existe más. Lo que esto significa es que dejamos de luchar solos. Hacemos de Jesús nuestro compañero en la lucha para que comparta todo con nosotros. De esta manera, nuestro problema todavía puede estar allí, pero a pesar de esto, tendremos paz y no nos sentiremos desesperados.

El desafío que afrontamos aquí es el coraje para rendirnos a Jesús. El orgullo intelectual es un obstáculo principal a nuestra sumisión a Jesús, porque queremos tener el control de todo lo que nos pasa. De hecho, hemos sido educados de tal modo que tenemos que luchar hasta que encontremos una solución a nuestro problema. No hay nada incorrecto con todo esto. El revés de esta moneda, sin embargo, es que podemos confiar tanto en nosotros mismos que no vemos la necesidad de contar con Dios. Y creo que el Salmo 127 es todavía válido: “si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela”. En ese sentido, entendemos el por qué Jesús alaba a su Padre por haber escondido esas cosas a los sabios y por haberlo revelado a la gente sencilla.

Sólo los que se rinden a Jesús en su sufrimiento pueden experimentar la tranquilidad y la paz. Es por esta razón que Jesús habla de compartir el yugo con él para que obtengamos el alivio. En la sociedad judía, en efecto, un yugo era un travesaño de madera atado a los cuellos de dos bueyes a fin de arar o dibujar un carro. El yugo permitió que los dos animales trabajaran juntos sin ser agobiados por la carga del trabajo.

Cuando Jesús nos invita a tomar su yugo de modo que la carga pueda ser ligera, él quiere decirnos que cuando confiamos a él nuestros problemas, se hace nuestro compañero de equipo que aguanta todo con nosotros. Como en caso de los dos bueyes, él toma el otro lado del yugo y nos asegura la gracia que deseamos para que pasemos nuestras pruebas sin ser destruidos.

Hermanos y hermanas, pidamos en esta celebración la gracia de sumisión a Jesús. Pidamos al Padre de darnos el Espíritu de coraje para que aceptemos de compartir nuestros problemas con Jesús. Pidamos que Dios nos ayude a tomar el yugo de Jesús para que encontremos la paz y el consuelo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Zacarías 9, 9-10; Romanos 8, 9. 11-13; Mateo 11, 25-30



Fecha de la Homilía: el 02 de Julio 2014

© 2014 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20140706homilia.pdf